

Opinión



Lluís Casanovas
Director

Mayo / 2020

Algo no va bien...y yo, algo recuerdo

Se repite la historia de la parábola hebrea¹: *“edificó su casa sobre la arena...”*. Se edificó el sistema sobre la arena de la privatización y la salud individual; y se expandió el virus, y vinieron repentinos aumentos de casos sin respetar estatus ni condición; y *soplaron vientos* de ineficiencia de todo tipo; y *dieron con ímpetu* contra aquel espejismo sin freno del *“yo me salvo solo”* motivado por el triunfo del individualismo, amparado por la indiferencia ciudadana y sostenido por el lucro, los recortes, derivación de fondos y deterioro del sistema único universal de salud ; y *cayó, y fue grande su ruina*: porque no había ni hay realmente un sistema de salud.

Y en este triste e inaceptable panorama, el diseño y su funcionamiento solo pueden ofrecer, pese a sus buenas intenciones, muchas soluciones improvisadas y deshumanizadas que se acompañan de mucho abandono, mucho dolor, mucha indolencia, mucha indignidad para una gran mayoría de la población que pertenece a las clases sociales depauperadas y a los grupos vulnerables; pero sobre todo de hombres y mujeres que mueren anticipadamente afectados por el virus y asediados por la precariedad de la asistencia sanitaria. Las epidemias siempre se ensañan en los más débiles.

Cuando frente a un problema de salud de orden epidemiológico la solución pasa por gerentes y administradores, algo no va bien.

Cuando frente a un problema de salud colectiva los abordajes promueven soluciones fragmentadas desconectadas y particulares, algo no va bien.

Cuando frente a una crisis sanitaria las respuestas se dan bajo una mentalidad y mirada militarista, algo no va bien.

¹ S. Mateo 7:24-27 "... será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina.»" la-biblia-de-jerusalén/mateo/7/

Cuando frente a una pandemia vírica subyacen y preocupan más los intereses económicos y empresariales que la visión epidemiológica integral, algo no va bien.

Cuando frente a una crisis de salud global se preocupan más del futuro que de las exigencias multidimensionales del presente, algo no va bien.

Cuando a pesar de la amplia literatura sobre la intervención en contención, mitigación, eliminación y control epidemiológico de la pandemia, no se perciben ni se ven las experiencias acumuladas en estrategias, medidas y procedimientos, -por diferentes países y en distintas etapas- para contener y atender la crisis de la pandemia, algo no va bien.

Cuando en medio de una pandemia vírica global las personas que ostenta poder “ejecutivo” en la sociedad no asumen que tiene dificultades en aceptar o manejar “algo” que no pueden controlar, algo no va bien.

Cuando en medio de la dinámica de una pandemia infecciosa la prisa por los resultados es la brújula, se ofusca la visión... y algo no va bien

Sin duda, algo no se está haciendo bien y “algo” se escapa de la conciencia de los poderes públicos y fácticos. Hay incapacidad para “ver y sentir adecuadamente” Hay dificultad, en gran medida, de leer y admitir integralmente el devenir de la salud colectiva y de la vida en el presente. Hay una ceguera selectiva que limita el conocimiento en salud, y hace que la respuesta no sea la más adecuada aunque sean, hoy, importantes los esfuerzos y recursos extraordinarios que se emplean para afrontar las expresiones de la pandemia a nivel local.

Llueve sobre mojado. Quizás no se puede pedir que vaya bien lo que no puede ir bien. No se puede pretender que solucionen el problema quienes desde sus cargos públicos y de influencia, con sus acólitos burócratas, año tras año, impusieron sus convicciones e intereses economicistas; y fueron desmantelando el sistema de salud público universal, particularizaron la enfermedad, individualizaron la salud y medicalizaron la atención a favor de la gestión privada y el negocio médico. Además, durante estas dos últimas décadas, bajo un contexto particular de valores, avaricia y codicia, la implantación del “crematístico diseño” ha dado lugar a un consagrado proceso organizacional y de normalización de la corrupción política y, también, empresarial y social en torno a la salud. El resultado ya es consabido. Se maquilló la salud, se falseó y fragmentó el sistema sanitario, y se idolatró la medicalización. Las desigualdades en salud persisten y se profundizan, la construcción de un entorno *saludable es una falacia* y el derecho a la vida y la *salud* integral es una entelequia.

Hoy pagamos la desidia y el saqueo acumulado; y la desorientación, el desorden y la improvisación reinante de las últimas semanas. De pronto, se desvaneció la idea. Se les había olvidado que “una persona no puede beneficiarse de la lucha contra

un mosquito o virus mientras otra queda excluida”. Ninguna estrategia individual permitirá resolver las necesidades de todos y todas. Desde luego que la enfermedad, por su carácter en la transmisión y virulencia, pone en crisis las estructuras sanitarias de cualquier sistema de salud del mundo. Ciertamente, como en gran parte de las epidemias de la historia de la humanidad, el distanciamiento social es un modo de reducir los contagios. Pero, también, con toda seguridad, si no es desde el corazón de lo público, desde el entendimiento epidemiológico y desde una intervención ordenada y coordinada no se puede enfrentar ni tomar medidas adecuadas a favor de la salud colectiva, del bien común, y acabar con éxito.

Debemos esperar y desear que la mediación de las autoridades estatales aporte una intervención más ordenada con una sustancial visión epidemiológica de salud colectiva y un mayor sentido de protección social en las medidas de aislamiento social, mitigación de la transmisión y atención -recordando que las epidemias siempre se ensañan con los más débiles y golpean con más intrepidez los sectores residenciales en condiciones precarias de hacinamiento, pobreza y exclusión social. De igual manera, confiar que se sume al esfuerzo, un comportamiento de la población más cívico y de responsabilidad ciudadana. La historia de salud de la humanidad muestra que las epidemias o las pandemias globales, por muy alarmantes y temibles que sean o parezcan, siempre llegan a su final. Lo importante es conseguir evitar el máximo dolor y daño, y llegar con éxito, es decir, llegar todas y todos.

Con el futuro, probablemente el virus se quedará con nosotr@s y con sus oleadas; pero, para bien o para mal, también llegará el olvido. Y es ahí donde el desafío social y político será importante. Los procesos de salud-enfermedad son el resultado de un amplio conjunto de determinaciones sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales. Mirar sin indiferencia implica reconocer que los procesos sociales, económicos y políticos que promueven las desigualdades en salud persisten y se amplían; y la salud para todas y todos (distribución) es inseparable de la política. Si la política, que está al servicio del capital y sus intereses, no cambia mirando el bien común y eco-social, la salud colectiva es inalcanzable y el entorno malsano persistirá. Entretanto, la salud individual de unos pocos se sostendrá y se cebará del sufrimiento y la mala salud de much@s. Seguiremos con la imposición de un modelo alejado de la vida y de las personas.

Con toda seguridad, la “pospandemia” se presenta también como una oportunidad de dinamizar cambios y legitimar otros pensamientos más acordes con la solidaridad y la armonía en las relaciones humanas, sociales, y con la naturaleza. Ante ello retornar a la anterior situación en salud, dentro de la llamada “normalidad”, es inaceptable humana y éticamente. Es seguir avanzando compulsivamente hacia la injusticia social, la destrucción ecológica y la inequidad

del acceso a los servicios de salud para retornar a las desigualdades en salud de manera perenne y a la ausencia de salud colectiva.

Para alcanzar un mayor nivel de salud individual y colectiva para todas y todos y una máxima equidad sanitaria se requiere no olvidar como las cosas pueden y deben ser; y, se requiere, otra forma de observar la realidad y de mirar la salud. No estamos frente a una cuestión “técnica” de mera “gestión” que se resuelve con ejemplar rentabilidad económica, bajo una supuesta racionalización del gasto. Tampoco, la capacidad de degradación y de generar sufrimiento, en todos sus ámbitos, del sistema de salud actual se solventa con un sinfín de buenas voluntades, donaciones caritativas disfrazadas de solidaridad más estética y emocional que ética y/o afinadas asignaciones de subsidios focalizados para la salud.

Estamos ante un problema de salud. La pandemia coloca sobre la mesa el modo de repensar y construir la salud. Es un desafío de convicciones, sensibilidades y entendimiento de la salud como un bien público que debe materializarse -desde la ética, los derechos humanos, la solidaridad y el sentido colectivo- en un sistema único de salud universal, que tenga una visión y comprensión integral de los procesos de salud-enfermedad basados en la determinación social de la salud y en su complejidad diferencial.

Para cambiar es imprescindible abrir los horizontes de la comprensión en salud. Es necesario que el sistema de salud supere las falencias del paradigma biomédico y de la visión restrictiva sobre la producción de la salud y la manera de actuar sobre las desigualdades sociales y sanitarias. Será indispensable abordar y reestructurar la organización e ineficiencia de un sistema de salud que, además de ser fragmentado, segmentado y concentrado, el Estado no tiene suficiente capacidad de articular ni de ejercer su gobernanza. Y, deberá, también, despojarse de la cobertura “vacía”, los mitos y la cosmética asistencial mercantilizada porque al mercado le conviene más atender enfermos que promover la salud.

La transformación a favor de la salud transita por asumir una actuación ética-política con un incremento del rol del sector público, y una praxis médica-sanitaria que supere el reduccionismo del enfoque individualista de la salud; tenga la visión preventiva integral como principal marco del conocimiento y de la praxis -prevención, atención, investigación, planificación y gestión-; y sea la atención primaria de salud el núcleo central de la arquitectura y funcionamiento del sistema equitativo y homogéneo para la protección y promoción de la salud individual y colectiva.

Por supuesto no podemos idealizar una transformación; pero la *realidad puede y debe ser mejor*. Con la pandemia, la crisis vírica se convierte en una crisis de los pilares tecnocráticos neoliberales del sistema de salud, manifestándose la

ineficiencia, la desarticulación, los estropicios del círculo vicioso de la corrupción y el desgobierno del sistema sanitario. Pero, adicionalmente, se pone en evidencia la vulnerabilidad colectiva, las inmensas diferencias sociales, las severas desigualdades de accesibilidad en salud, el mayor sufrimiento de l@s pobres, y la muerte anticipada, primeramente, a aquellos y aquellas socialmente débiles y pobres, ¿Habrá que seguir así? ¿Habrá que retornar a esta normalidad?

No se puede responder haciendo abstracción de lo que supone -social y culturalmente-, la hegemonía de un sistema de lucro y funcional a la enfermedad que ha sido eficaz - para aquellos que pueden acceder- solucionando muchos problemas relacionados con la “reparación corporal”. Pero *no es posible vivir saludablemente y estar sano de forma exclusiva y aislada*. Ni es factible tener una salud individual y colectiva desde un sistema fragmentado y (des)gobernado por el mercado.

No hay soluciones milagrosas, pero se avanza en ellas a base de conocimiento, adecuado, voluntad ética-política, dudas, rectificaciones e incluso contradicciones. Los que tienen las soluciones infalibles y seguras lo que no tienen es, muy a menudo, vergüenza. La complejidad obliga a ampliar la visión y entendimiento del proceso de salud-enfermedad/atención-cuidado, y a desarrollar las mejores ideas y acciones para actuar en la construcción y cuidado de la salud individual y colectiva para todas y todos. Es irrenunciable construir una sociedad saludable que pasa por reducir las escandalosas desigualdades en salud y el número de muertes anticipadas, y mejorar las condiciones de la salud para el conjunto de la población desde la solidaridad, el desarrollo de la ciudadanía plena para todas y todos y el vivir en armonía tanto en las relaciones humanas y sociales, como con la naturaleza y el espacio geográfico.

La tarea será imposible, si el conocimiento no es el adecuado, la acción es más de lo mismo y los de siempre se apropián del momento. Si el olvido triunfa persistirá la inhumanidad y la indecencia. La pandemia nos convoca e ilumina caminos de desafíos ciudadanos para construir unas sociedades más justas, equitativas, seguras y sostenibles, en definitiva más saludables.